



El Caracaro que nació cautivo

En una zona cubierta de pasto, que forma parte del patio de un gran terreno, donde funciona una empresa que administra la transmisión de energía eléctrica, en la zona sur de Valencia, se vislumbra un bello y frondoso caracaro, con unas grandes ramas de color verde intenso y frutos de forma circular, cuya sombra cobija a bellos y alegres pájaros: azulejos, canarios, cristofués, arrendajos, turpiales, paraulatas, carpinteros, pericos y loros, que entonan cantos floridos, que semejan coros celestiales, ven en el árbol un gran amigo muy fuerte y saludable, cumpliendo una función oxigenante, interactuando con el ecosistema, calmando el fuerte calor que reina en la zona.

Pero a pesar de esa percepción, el caracaro se siente muy triste y con mucho dolor, por lo que mira al cielo y con una oración le pide a Dios que no lo deje crecer más, ni le permita que su tallo se vuelva más grueso.

- Dios mío, Señor, quítame el apetito, para que mi tallo y mis ramas no se tornen más gruesas.

Los pájaros, que se han hechos sus amigos, por permitirles durante mucho tiempo hacer sus nidos y habitar en él, se dan cuenta de la tristeza del caracaro, al escuchar sus oraciones, se preocupan y desean ayudarlo.

El cristofué al escuchar sus súplicas, le pregunta:

- ¿Por qué te sientes así, puedo hacer algo por ayudarte?

El canario con su melodiosa voz le dice:

- Te queremos y te necesitamos, ¿por qué estás triste, qué podemos hacer por tí?

El turpial con su majestuoso canto le dice:

- Deja que te ayudemos, porque para nosotros y para el mundo, tu salud es la vida del planeta. ¿Por qué no nos cuentas el motivo de tu preocupación, por qué no quieres comer?

El caracaro, haciendo un esfuerzo por no llorar y de esa manera no entristecer más a sus compañeros, les dice con voz quebrada por la pena:

- Yo siento un gran dolor, porque cada día que he compartido con ustedes y los veo volar y saltar libremente sobre mis ramas, valoro más la libertad, esa libertad que yo no he tenido, a pesar de la gran fortaleza que aparento tener.

La paraulata con voz muy fina y amorosa, exclama:

- Pero si tú también gozas libremente el espacio aéreo que nosotros compartimos, motivo que nos alegra, porque nos ha permitido conocernos, unirnos y querernos.

- Tus ramas se mecen felizmente con el viento, lo que hace que nos columpiemos en ellas, - dijo el perico-, lo que nos alegra y nos hace muy feliz.

- Tienes razón, - le dijo entre sollozos el caracaro, con voz apagada-, mis ramas se mueven con el viento, pero eso no me hace sentir libre. Estoy cautivo desde mi nacimiento.

- ¿Cómo que estás cautivo? - le dijo el azulejo, tornando un azul intenso su plumaje, que le hacía resaltar el azul del cielo, para darle ánimo y alegría a su amigo.

El caracaro con voz baja dijo a los pájaros que estaban en sus ramas:

- Sí, desde que nací, cosa que no se como sucedió, me siento cautivo, como prisionero. Porque lamentablemente, tal vez un pájaro o el viento dejó caer una semilla de caracaro en una carcasa o cascarón vacío de una turbina de aire de un transformador de potencia, que en forma de chatarra quedó abandonado en este terreno y esa semilla germinó, naciendo de ella, yo. Pero nací en esa carcasa o caja de acero, que si se inclinan, verán incrustada en mi tallo y mis raíces, la cual va cortando las capas de mi piel y la corteza de mi tallo, produciendo heridas cada vez más profundas a medida que crezco y se engruesan mis raíces y mi tallo, sintiendo que van llegando ya, a mi corazón.

Todos los pájaros estaban consternados escuchando el caracaro y de forma simultánea inclinaron sus cuerpos sobre las ramas en las que se apoyaban y con dolor pudieron darse cuenta del gran sufrimiento por el que atravesaba su amigo.

- Cristo mío -, exclamó el cristofué, - no puede ser, ¿cómo ha sucedido esto, nadie se habrá dado cuenta?

El canario también asombrado, su canto casi trinó, al decir:

- ¿Por qué, por qué te ha ocurrido a ti esto, tu que eres tan bueno?

Todos los pájaros apreciaron con tristeza como aquella caja de acero alrededor del tallo del caracaro, rompía su piel al incrustarse como una "trampa de cazar lobos", penetraba todo su tallo, del que salía savia colorada, que semejaba un sangramiento.

- ¿Cómo has soportado tanto dolor durante tanto tiempo, cómo has sobrevivido?
- le preguntó el loro.

El árbol con nostalgia le dijo:

- Por el amor que siento por ustedes, por sentirme útil, por querer estar con ustedes. Los veía volar desde esa caja, a medida que iba creciendo. Traté de sacar mis ramas para poder abrazarlos y servirles de abrigo, pero a medida que se engrosaba mi tallo, me iba atrapando cada vez más esa caja de acero y sus filos se metían en la corteza de mi tallo. Pero a pesar de ese dolor quería estar aquí en este espacio, para compartir sus alegrías y disfrutar de sus cantos.

- Eres un gran amigo - dijo el arrendajo, ahora comprendemos tu tristeza, ahora entendemos porque no querías comer.

Todos los pájaros se reunieron y acordaron hacer algo para ayudar a su amigo.

El turpial en representación de todas las aves, le dijo:

- ¿Qué podemos hacer para ayudarte y tratar de liberarte de esa tortura?

El caracaro les dijo:

- No creo que puedan hacer algo para liberarme, son muchos años que llevo cautivo y nadie ha hecho nada para liberarme y creo que voy a morir así, a pesar de que quiero seguir viviendo, porque se que tengo aquí en la tierra una misión que cumplir. Tengo que ayudar a purificar el aire del dióxido de carbono, gracias a mi clorofila puedo producir 450 litros de oxígeno al año. Puedo ayudar a mantener las cabeceras de los ríos, para que no se sequen y pueda existir agua para disfrutar de sus beneficios. Además, puedo servir al ambiente mejorando su ornato, también puedo proteger y abrigar muchas aves y ser hogar de iguanas, ardillas y abejas. Puedo dar mucha sombra y contrarrestar el calentamiento climático, puedo también al igual que muchos árboles, ser colaborador en el sustento de los cauces de los ríos, los cuales pueden ser utilizados por la industria eléctrica para producir energía. Además, mis semillas pueden ser transportadas por aves, ardillas y otros animales a varios lugares, que al germinar nacerán de esa manera, muchos caracaros más, que ayudarán también a salvar el planeta.



- ¡Por eso debemos ayudarte! - gritaron en un solo coro los pájaros.

El loro que era el que más hablaba, dijo:

- Les diré a los trabajadores de la empresa eléctrica que están en este terreno, que así como ellos pueden producir y transmitir energía eléctrica en kilovatios, para iluminar al país, tú puedes producir litros de oxígeno para mantener la vida de todos los seres vivos del planeta. Hablaré con ellos para que utilicen sus equipos y herramientas de trabajo para liberarte.

El loro se dirigió en vuelo hasta las instalaciones de la empresa y allí se encontró un amigo de los animales y del ambiente, llamado Wolfcondéco, que visitaba ese a la empresa, para hacer una inspección ambiental, invitado por el personal de seguridad y salud de la empresa eléctrica. El loro aprovechó esa oportunidad y pudo hablar con Wolfcondéco, haciéndole saber el drama que padecía su amigo, el caracaro.

- Tiene que ayudarlo, usted es conciente y preocupado por el ambiente, eso me lo dijo el pajarito Nelson Ferrer, un ex - trabajador de la empresa eléctrica, que ahora vive en el cielo; él me aseguró que usted podía ayudar al caracaro. - Exclamó el loro.

Wolfcondeco, asombrado y dolido, al conocer la situación tan dolorosa que atravesaba el árbol cautivo, dijo:

- Claro que lo puedo ayudar, es mi deber ser y mi conciencia así me lo exige, debo colaborar para salvar a ese árbol, porque al ayudarlo, estoy contribuyendo a salvar el planeta.

Wolfcondeco reunió a varios trabajadores y les dijo:

- Ustedes que cumplen la misión de transmitir la electricidad, para el confort de todos los hogares del país, deben ayudar a liberar con sus equipos a ese árbol, que al igual que ustedes, también cumple una gran función, que es la de producir oxígeno para la vida de todos nosotros, un valor mayor.

Algunos trabajadores se sintieron conmovidos y decidieron ayudar, trasladando hasta el árbol un equipo de acetileno, un esmeril y deseos de liberar y salvar al árbol cautivo.

Así de esa manera, durante una tarde, esos trabajadores motivados por el deseo de hacer algo por la ecología y el ambiente, laboraron arduamente para liberar al caracaro cautivo.

El árbol sentía mucho dolor por el calor que casi le quemaba, producido por el fuego del acetileno y las chispas de candela que salían del esmeril, pero a pesar del dolor, sentía gran satisfacción que sus amigos, los pájaros y algunos trabajadores, motivados por Wolfcondeco, lo estaban liberando.

A pesar del ruido que emitía el esmeril, el caracaro exclamó:

- Gracias por ayudar a salvar a todos los árboles que sufren y que sea este el inicio de fortalecer el valor que debe tener el hombre, hacia la protección del ambiente y del planeta.

Los pájaros, al contemplar esa gran labor y acción liberadora de los trabajadores de la industria eléctrica, todos cantaban en un solo coro, desde las ramas del árbol, dirigido desde la tierra por Wolfcondeco que fungía como director de orquesta:

- ¡Al árbol debemos solícito amor,
jamás olvidemos que es obra de Dios!

Autores:

Miriam González

Mirtha Sánchez

Henry Ascanio